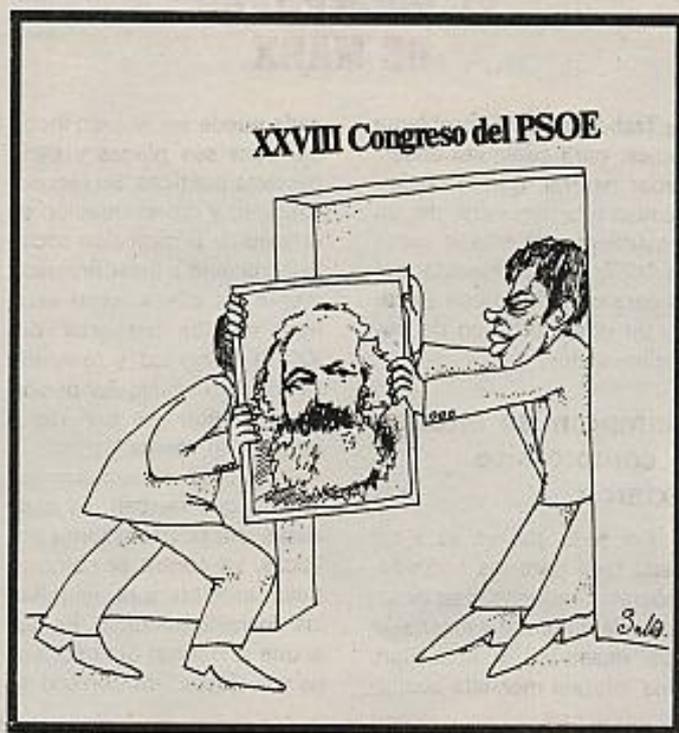


la política, como es José María de Areilza, haya escrito estos días que "no me convence el argumento ético invocado como justificación. Que se diga a la manera francesa, 'reculer pour mieux sauter', sería una explicación de habilidad táctica encaminada a retirarse ahora para dominarlo todo después en el próximo Congreso".

Partiendo de esta hipótesis, la inmediata pregunta es interrogarse por qué el sector socialdemócrata tiene necesidad de "dominarlo todo" y de romper toda una trayectoria histórica de coexistencia entre las dos almas del socialismo español. Y la explicación, fuera de simplificaciones psicológicas, tiene ineludiblemente que referirse a la específica coyuntura política, económica y social por la que atraviesa el país. Un Gobierno tan incapaz como impotente, un proceso inflacionario agudo y crónico y una creciente bipolarización social es el marco en el que se encuadran distintas operaciones de recambio gubernamental por parte de los círculos financieros del país (ver el interesante trabajo sobre estas maniobras de Manuel Campo Vidal en el anterior número de TRIUNFO).

Si se descarta la opción involutiva, al menos por el momento, la única salida pasa por la resurrección del centro izquierda independientemente de quién lo encabece. En reiteradas ocasiones, sobre todo en el período anterior al proceso electoral legislativo, hemos explicado desde estas mismas páginas cómo esa línea era el hilo conductor del proceso democrático para tener que extendernos en más argumentaciones. Y en toda esa operación es "sine qua non" la colaboración de los socialistas. Tentación política que siempre han tenido los socialdemócratas, nunca los marxistas, que siempre se han opuesto a tal hipótesis antes, en y después de las elecciones, y que bien pudiese estar presente en las súbitas prisas por liquidar el marxismo



cuando han venido dirigiendo la organización con la misma definición y una ponencia ideológica-política algo más endurecida que la aprobada en este reciente Congreso.

De ser así sería explicable el intento de barrer a los marxistas anticipando en mejores condiciones para ellos la batalla que pudiesen dar en el momento de plasmarse tal posibilidad. Porque si desde un ángulo marxista podría ser discutible un Gobierno de coalición de centro izquierda, en base a unos resultados electorales mayoritarios, desde ese mismo enfoque es completamente indiscutible que tal fórmula de centro izquierda, aquí y ahora, sería una trampa para la izquierda del mismo calibre que hubiese sido entrar en el Gobierno de coalición después del 15 de junio de 1977. De estos tres tipos de coalición —el negativo de antes de las últimas elecciones, el positivo-negativo de las elecciones o el negativo después de las elecciones—, este último sería el menos aceptado y aceptable por los marxistas. La presencia del PSOE daría un aval de izquierda a una política de derechas y provocaría la descomposición del propio partido sin jugar siquiera el papel de factor es-

tabilizador, porque los sectores reaccionarios manipularían la presencia socialista en el Gobierno para incrementar su sabotaje del proceso democrático.

Por supuesto que nunca se debe ni se puede hacer un proceso de intenciones en un análisis político. Pero los delegados socialistas no harían nada mal en su próximo Congreso en discutir algo tan vital para un partido como es una política de alianzas. Elemento indispensable de esa discusión sería el estudio detallado de esta hipótesis de coalición de centro izquierda —independientemente de que entre o no en los cálculos de los socialdemócratas—, y una resolución sobre su viabilidad o no para el socialismo español. Porque todavía más peligroso para el porvenir del PSOE que el abandono del marxismo sería no elaborar esta política de alianzas dejando un amplio margen de flexibilidad a la dirección.

El peso de UGT

Pieza clave en esta incógnita política, nos referimos a la amplitud y alcance de la victoria de los socialdemócratas, es la postura de la

Unión General de Trabajadores. De consumarse ampliamente el triunfo de los socialdemócratas, los principales perjudicados van a ser los propios sindicalistas socialistas. Si en las primeras elecciones sindicales no pudieron rentabilizar el prestigio político del PSOE, en las próximas sí van a sufrir las consecuencias del abandono del marxismo. Por encima de las disquisiciones bizantinas o académicas sobre la crisis del marxismo es evidente que para el mundo obrero el mantener o abandonar este adjetivo es toda una cuestión sustantiva. Su tremendo valor simbólico ya fue señalado en el reciente Congreso por el delegado minero que recordó a Felipe González el abecé del marxismo en el debate de la ponencia político-ideológica.

Precisamente una de las grandes incoherencias de este XXVIII Congreso, repleto de un catálogo de ellas, ha sido la defensa de la enmienda antimarxista en el Pleno por uno de los dirigentes de UGT. Era realmente paradójico, para alguien que conozca el movimiento obrero de nuestro país, ver a Joaquín Almunia defendiendo una moción que de aprobarse sería realmente catastrófica para la Unión General de Trabajadores. Ni hay que decir que la hegemonía de CC. OO. quedaría ampliamente confirmada con el abandono del marxismo. No sólo el 60 por ciento del sindicato comunista que vota PSOE se decantaría en sentido PCE, sino que la distancia entre los dos sindicatos alcanzaría características abismales. Porque es justamente la resolución de esta contradicción de voto en el seno de la clase obrera la que va a determinar definitivamente la correlación de fuerzas en el bloque político-social de la izquierda.

Pero, de momento, la decisión final de UGT va a inclinar la balanza. Para el sector socialdemócrata es vital contar con una parte del movimiento obrero en sus manos. Al igual que el 40 por 100 de